

blasfemias son mas enormes, sino porque los que lo cometen no hacen caso de él, y por consiguiente lo continúan mucho tiempo. Hasta aqui San Francisco de Sales. Y yo aconsejo á los casados que le lean en la *Introduccion á la Vida Devota*, en la tercera parte del capítulo treinta y nueve, donde hallarán documentos de gran provecho.

En Italia se apareció una madre á su hija que habia vivido con muy buenos ejemplos en lo exterior, y le dijo: Yo estoy condenada por algunos graves pecados que cometí con tu padre, y que de vergüenza nunca los confesé. (*Peraf. raror exem. tit. confes. cap. 9.*) Sea pues el amor puro como el que Cristo tuvo á su Iglesia; sea un amor todo casto, y aprisionando dulcemente dos almas por toda una vida, será esta prision dichosa la que les preste las alas para volar á la gloria. •

PLATICA LXIII.

DE LA CONCORDIA Y PAZ QUE ENTRE SÍ DEBEN CONSERVAR
LOS CASADOS.

—
A 14 de Noviembre de 1694.
—

APOSTARON una vez el viento y el sol, á cuál como mas mañoso salteador le quitaba de los hombros la capa á un pobre caminante que por lo descubierdo de un llano iba expuesto á sus inclemencias; (*Plutarc. Conjug. præcept.*) y como de apuesta restó el viento desatadas todas sus furias, soltó sus huracanes, combatiólo por todas partes violento, y silbando con un desecho vendabal casi se lo llevaba; mientras él, por el mismo caso mas aferrado de la capa como mas necesitado del abrigo, asida con ambas manos, apretándola mas á cada soplo, se le resistia tan firme, que ni bastando porfias ni violencias, despues de gran batalla dejó burlado al viento con sus furias. Dióse en fin por vencida su violencia; y el sol entón-

ces avivando poco á poco sus rayos, aumentando mas y mas sus ardores, creciendo sus bochornos: mudo combatiente, pero eficaz; sosegado, pero mas poderoso; sin ruido, pero mas activo, á no mucho espacio el pobre caminante, no pudiendo sufrir tantos ardores, ya se quita el sombrero, ya vá apartando la ropa á buscar el fresco, ya solicita con sacudir la falda al viento que antes lo combatia, y ya en fin se quita de los hombros la capa por ver si minorá el bochorno; y contra las denodadas furias de los vientos cantan la victoria los mudos apacibles rayos, que no está en lo furioso, no en lo violento, la fuerza que llega hasta quitarle á un hombre la capa, no. ¿Pues á quién digo yo esto? ¿A un marido que en lo rústico del genio pone en violentas furias su mando; ó á una muger que en lo terco de un natural voluntarioso, piensa con necias porfías atropellar lo justo de su sujecion? A uno y á otro se lo dice con bien moral enseñanza Plutarco, sea á la muger ó sea al marido: ¿Quiere cada uno llegar hasta quitarle al otro la capa, hasta desnudarle de lo que mas aferra de dictámen, hasta sacarle de las manos lo que mas apretado resiste? Pues no lo ha de hacer á furias precipitadas del viento; no lo ha de conseguir á porfías tan repetidas como necias; no lo ha de lograr á silbos, á crujidos, ni á violencias, sino por el contrario, á mudos rayos de un amor que sin sentir se vá insinuando al corazon; á luces de una discrecion que mas activa se apodera del entendimiento; á ardores en fin, con que suavemente el cariño vence, triunfa y se hace dueño de toda una alma.

Y ya, si el amor es el que fabrica la union, y de la union resulta la concordia, alma de la mas dulce armonía de los cielos, vida del concierto mas in-

portante de las Repúblicas, ¿cómo no será esta concordia la vida y el alma tambien de las casas? Aquí es donde está todo el centro de todos los bienes ó de los males todos: aquí donde está el medio de la felicidad ó infelicidad mayor de los matrimonios. Tres cosas, dijo el mismo Espíritu Santo, son las que me arrebatan todo el corazon: *In tribus placitum est spiritui meo. (Ecclesiast. vers. 1.)* Y esas tres son las que juntamente á Dios y á los hombres les llevan todos los agrados: *Quae sunt probata coram Deo, et hominibus.* ¿Y qué tres cosas serán estas? La concordia de los hermanos entre sí, es la una: el amor de los vecinos y amigos unos con otros, es la otra. ¿Y la tercera? *Vir et mulier bené sibi consentientes.* Un marido y una muger que entre sí bien avenidos, siempre concordés, ni los disgustos les amargan sus cariños, ni las riñas les turban su paz, ni las porfías les alborotan su tranquilidad; que á ese paso bien gobernados los hijos, bien regida la familia, ni murmuraciones se oyen, ni quejas se escuchan, siendo la casa toda, entre los trabajos de esta vida, un retrato de la gloria. Ahí es, dice Dios, donde tambien mi espíritu descansa; ahí es donde mi corazon reposa; ahí es donde con mi amor se hallan mis bendiciones. (*Hom. 3. 4. in Ep. ad Titum.*)

¡Dichosa casa y casados dichosos, dice San Crisóstomo, que en esa paz, en esa concordia tienen la base firme, el fundamento seguro de todos los bienes! *Præcipuum bonorum omnium, fundamentum, si uxor viro per omnia consentiens sit.* Y con esa concordia, ni hay males, ni hay trabajos, ni hay desdichas que no se suavicen, que no se mitiguen, que no se endulcen: *Non ubi hoc sit, nihil triste contingere poterit.* ¿Pero dónde hallaremos esta

dicha? Difícil es, no imposible, habiendo introducido el demonio el mas mortal veneno en el estado que, mas que todos, necesita de la union. Ahí es donde parece que se han vinculado mas repetidas las discordias; ahí es donde, como en su propio suelo, nacen las disenciones y los pleitos.

En la Via Tiburtina de Roma, refiere de su tiempo San Gerónimo, que vió un sepulcro, en cuya lápida estaba grabado este rótulo: *Hospes, miraculum; hic, vir et uxor non litigant.* Milagro, pasajero, milagro; que aquí un marido y su muger no pelean. De modo, que aun en la sepultura no pelear se tiene por milagro. ¡Oh, Dios Santo! ¡qué será en la vida! ¡qué en la casa! Y lo peor es, que mientras la casa está hecha una funesta cueva de dragones, una habitacion de tigres, cada uno echa la culpa al otro de lo que es daño tan comun en ambos.

Dos casados que estaban entre sí reñidos, (Plutarch. *in lacon.*) eligieron por su Juez árbitro á Arquidamo, para que él les oyese sus quejas y diese la sentencia. Llevólos al templo de Minerva, y tomóles juramento á cada uno de que estarian á lo que él sentenciara: juráronlo así; y luego sin oírles ni una palabra sola, los sentenció á ambos á que no solo no hablasen ya palabra de lo pasado, sino que olvidándolo del todo, se abrazasen allí en su presencia, y volviesen de allí muy unidos. Buena sentencia sin oír, cuando está todo el pleito en el hablar. Si atendemos no pocas veces á los maridos, ¿qué paz podrá haber en una casa donde es un leon furioso el que la habita? *Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos.* (*Eccl. 4. v. 36.*) dice á los tales el Espíritu Santo. Si como el leon con una curiosidad nimia todo lo

averigua, si con una importunidad necio á todas horas cansa, si con una ira bruta sueñan por instantes los bramidos, los gritos, los alborotos, y si con una crueldad de bestia no se ven sino amenazas, castigos, azotes, golpes y manotadas, ¿qué ha de haber con este leon, sino destrozos? *Evertens domesticos tuos.* Y si lo que es peor que un leon, un hombre necio, un hombre en sus costumbres rústico, un hombre en sus procederres mal cristiano, que junta con su escasez sus malicias, y con su necedad molesta sus enojos intempestivos, ¿qué cosa puede haber para una pobre muger mas pesada? *Grave est saxum, et onerosa arena, sed ira stulti utroque gravior.* (*Prov. cap. 27. v. 7.*) No hay prensa tan pesada que así oprima, como esas iras de un necio que se juntan con la sin razon. Pero si es la muger la que mueve los disgustos, la que arma las riñas, la que suscita las discordias, ¡oh, Dios! No parece que halla palabras el Espíritu Santo para ponderar de tal muger la malicia, y de su triste marido la desgracia: *Melius est habitare in terra deserta, quam cum muliere rixosa.* (*prov. cap. 12.*) Mejor es vivir en el destierro mas retirado, mas desamparado, mas triste, que con una muger pleitista y rencillosa: mejor allí la soledad, que aquí compañía tan funesta: allí menos molesto el desamparo, que aquí, la enfadosa asistencia de quien así aflige: mejor, en fin, vivir entre las bestias, que con quien envenena peor y mata con las palabras. Aun es poco lo dilatado de un desierto dentro de una cueva; en lo mas estrecho de una gruta sería mejor vivir con un leon, ó habitar con un dragon, que con una muger que por instantes aguza los dientes de su rabia y aviva el veneno de su cólera y de su malicia: *Com-*

morari leoni, et draconi placebit quam habitare cum muliere nequam, (Eccl. 25.) ¿Qué cosa mas cruel entre los cuadrúpedos que el leon? pondera San Crisóstomo: *Quis inter quadrupedia animalia leone scabiús? (Hom. 15. ex. Var. in Matth.)* Pues no llega su crueldad á la de una muger litigiosa: *Sed nihil ad hanc.* Entre los que se arrastran, ¿cuál mas atroz que un dragon? *Quid dracone atrocius?* Pues no tiene que ver con lo fiero de una muger pleitista. Es como un escorpion que al asirlo logra la punzada con el veneno: *Mulier nequam, qui tenet illam quasi qui apprehendit scorpionem.* Pues mejor es el destierro mas triste, mejor la cueva mas horrible, que una casa donde los repetidos pleitos de una muger habladora, colérica, soberbia y libre, hacen lo que muchas goteras en el techo, que ni dejan la casa en su lugar ni en su lugar las mesas, que todo lo trastornan, que todo lo revuelven, hasta que haciendo la casa inhabitable, despues de echar de ella al marido, todo se arruina, todo se cae, todo se acaba, y todo se pierde: *Tecta jugiter perstillantia, litigiosa mulier. (Prov. 16. v. 13.)*

Sea pues por uno, ó sea por otro, cierto es que de las porfias nacen las mas veces las discordias de querer cada uno llevar la suya adelante, y que naciendo los disgustos se fomenta la perdicion y los pleitos.

Digno es de admiracion, y lleno de enseñanza lo que vió una vez Muciano, y refiere Plinio: Estaba sobre un caudaloso y profundo río, una estrecha viga por puente: entraron á un tiempo de la parte de allá una cabra, y otra de esta parte. Viniéronse á encontrar en medio de la viga; y veislas aquí ambas paradas: volver atrás cada una,

no podia: si porfiaban cada una en pasar adelante, habian de caer ambas en lo profundo. ¿Pues qué hicieron? Mirad, racionales lo que les dictó la misma naturaleza á unos brutos. La una de ellas fué poco á poco doblando las rodillas, abatió la cabeza, echose toda muy en cogida: con esto la otra por encima de ella fué pasando, y así pasaron ambas libres. ¡Oh, si así esta doctrina la tomaran para sí los casados! Si no, pocas veces se llega á estrechos, en que á la porfia uno y otro en el peligro, haga la razon, haga la fé por una eterna vida lo que allí por una vida material les dictó la naturaleza á dos brutos. ¡Oh, si así, ya cediendo el uno con cordura, ya cejando el otro con prudencia, se acabaran con felicidad de ambos sus disenciones! Lo mismo digo en los sentimientos que, ó ya el engaño finge, ó ya la pasion exagera, ó ya los chismes y los cuentos, muy comunes entre casados, atizan.

Preguntado el Rey Alfonso de Aragon, cuáles serian buenos casados; respondió bien discreto: *Si maritus aliquando surdus, et uxor caeca fuerit:* Si el marido supiere ser á veces sordo, y la muger se hiciera á ratos ciega. ¡Qué bien dicho! Si el marido fuera sordo á palabras necias, á dichos imprudentes, á cuentos de criados, á chismes de ruines, y á silbos en fin de demonios. Y si la muger fuera ciega, no solo á no ver lo que está delante, pero ni á escudriñar curiosa, ni preguntar necia, ni averiguar inquieta, ¿qué paz habria? ¿qué union y qué concordia? Ya lo habia dicho antes San Crisóstomo: *Neque vir leviter, et inconsideratè credat adversus uxorem, neque uxor leviter, et curiosè scrutetur ingressus, et exitus Lariti. (Hom. 20. in ad Epes.)*

Pero si alguno ha de ceder, queda la misma du-

da: ¿Quién debe ser? ¡Oh, Dios! Si se conoce la razon, ¿qué hay que preguntar? y si no se conoce, ¿qué hé de decir? Lo que sé es, que Sócrates, digna admiracion de Grecia, cedia no pocas veces á una Xantippe, muger loca y fiera; y que habiéndole dicho palabras fulminadas de furia, al bajar luego él la escalera, le hechó encima un cántaro de agua; y él respondió: *Ya yo sabia que despues de los truenos viene el aguacero.* Eso es ceder una gran capacidad, un juicio maduro á la ignorancia y á la flaqueza de una pobre muger. Por el contrario, dice Plutarco, las mugeres discretas, cuando el marido grita, entónces callan; cuando está colérico, entónces lo dejan; y despues, cuando ya sosegado, lo mitigan mejor y lo ganan: *Prudentes matronæ viris ex ira vociferantibus tacent, silentes alioquin demittunt.* (Plutarch. *præcep. conjug.*) En tales ocasiones tomar una bocanadita de agua; ya lo dí alguna vez por grande remedio; que si dos puertas ó ventanas abiertas hacen que el aire se corresponda, toda la pieza con el aire de correspondencia se alborota; y con cerrar una, cesando la correspondencia, cesa tambien del aire la molestia. A un Jacob obedeció rendida una Raquel entregando los ídolos que tanto le dolian. Pero por el contrario, á Nabal el rústico le hubiera ido muy mal, á no atropellar su necedad su prudente muger Abigail. Ello en fin, si los naturales no frisan, sea un amor noble y casto el que los endulce. Hay frutas, dice San Francisco de Sales, como el *membrillo*, que por lo ácido de su zumo no se pueden comer sino en conserva; otras, que por su ternura y naturaleza no duran, si no se les hace el mismo beneficio, como las *cerezas* y *albaricoques*. Así pues, si en uno lo ácido y desabrido del natu-

ral, si en la otra lo delicado y quejumbroso del genio, son la ocasion de la amargura, confitados en un amor casto, tendrán la concordia y la paz su permanencia.

¿Mas qué diré si logra el diablo la punta mas venenosa de los zelos? Aquí es donde en un desdichado corazon se ve bullir un hormiguero de sospechas, de rabias, de turbaciones, de recelos, que salen como negras sombras del infierno. Ya se representan á los ojos, dando por hecho lo que se sueña; ya soplan á los oídos, contando por cierto cuanto se imaginan; y todo para convertir el alma y la casa toda en un infierno: *Durat sicut infernus aemulatio.* Jamás salió de los abismos peste mas fatal para los matrimonios. Aquí es donde asesta el demonio todos sus tiros, y aquí donde logra sus lances. (*In ejus Tit. cap. 18.*)

Conjurando San Vicente Ferrer, en Valencia, á una pobre doncella que estaba endemoniada, á la fuerza de los conjuros obligó al maldito espíritu á que en público dijera por qué habia entrado en aquella inocente; y oyéndolo todos, dijo: No soy uno solo, somos muchos, y venimos solo á sembrar discordias entre el padre y la madre de esta hija: lo procuramos con toda diligencia; pero su madre, por ser muy devota de la Santísima Virgen María, se acogió á su patrocinio, y no pudimos lograr nuestro intento; mas al despedirnos, haciendo un grande ruido, todos los de la casa se hicieron la señal de la cruz, menos ésta, y por eso entramos en ella. Así pues se atropan los demonios, solo á causar entre los casados discordias, porque ellas tienen su logro de cuantas culpas, de cuantos escándalos, de cuanta perdicion hay en lo temporal y eterno: *Viro et uxore*, dice el Crisóstomo,

perperam dissentientibus nihil salubre esse poterit totaque simul nutabil familia. (Cris. 4. in *Epist. Timct.*) Reñidos los casados, nada hay bueno en la casa, nada que aproveche al alma; toda la familia se pierde, y toda la casa se arruina. Alto pues, dice San Pablo: *Cum patientia supportantes in charitate:* Con la paciencia se sufrirán el uno al otro, *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis:* Solícitos siempre de conservar la union y la paz que han de eternizar en la gloria.

PLATICA LXIV.

CÓMO SE DEBEN COMPARTIR LOS OFICIOS ENTRE EL MARIDO Y LA
MUGER, PARA EL BUEN GOBIERNO DE LA CASA, Y
PAZ DEL MATRIMONIO

A 28 de Noviembre de 1694.

ALTERNANDO el gobierno del Cielo, sin mas libro que el que nos tiene abierto con sus claras letras de luces, y sus lineas todas de rayos, tenemos hoy tan hecha la Plática, que seríamos del todo ciegos á no aprovechar la doctrina que se nos entra por los ojos, ó á obligar á su imitacion, ó á no dejar excusa á conocidos yerros. El Cielo, pues, es quien hoy con sus mejores luces nos predica. Compartido, digo, entre el Sol y la Luna, de toda esta grande casa del mundo el económico gobierno, no parece sino que en esos dos planetas, que así casó Dios en el Cielo, nos puso tan patente á todos un retrato de lo que debe ser cada Matrimonio, todo un Cielo. ¡Qué bien compensados de uno y otro los oficios! De mo-